

CAPÍTULO XXVII

En que se dan noticias de Aurilly.

Al siguiente día de la escena que acabamos de referir, despachaba el rey en el Louvre con el superintendente de hacienda, cuando vinieron á avisarle que acababa de llegar del castillo de Thierry el primogénito Joyeuse, y le esperaba en el gran gabinete de audiencia para enterarle de un mensaje del duque de Anjou.

El rey dejó precipitadamente su tarea y corrió á recibir á aquel amigo tan querido.

Gran número de oficiales y de cortesanos guarnecían el gabinete; la reina madre había venido aquella tarde, escoltada de sus damas de honor y camaristas que, alegres y vivarachas, eran otros tantos soles acompañados siempre de sus satélites.

El rey dió á besar su mano á Joyeuse y dirigió una mirada de satisfacción por toda la asamblea.

En el ángulo de la puerta de entrada, y en su puesto acostumbrado, estaba Enrique Du Bouchage, cumpliendo rigurosamente su servicio y sus deberes.

El rey le dió las gracias y le saludó con un movimiento de cabeza amistoso, á que Enrique contestó con una reverencia profunda.

Estos signos de inteligencia hicieron volver la cabeza á Joyeuse, que dirigió desde lejos una sonrisa á su hermano, sin saludarle, empero demasiado ostensible, por temor de ofender la etiqueta.

— Señor, dijo Joyeuse, vengo de parte del duque de Anjou, que acaba de llegar de la expedición de Flandes.

— ¿Mi hermano está bueno, señor almirante?

— Tan bueno, señor, como lo permite el estado de su espíritu; sin embargo, no ocultaré á V. M. que monseñor sufre al parecer.

— Después de la desgracia que ha experimentado necesita distraerse, dijo el rey muy satisfecho de poder proclamar el descalabro acontecido á su hermano, al mismo tiempo que manifestaba compadecerle.

— Creo que sí, señor.

— Nos han dicho, señor almirante, que el desastre fué cruel.

— Señor...

— Pero que gracias á vos pudo salvarse buena parte del ejército. Os felicito, señor almirante, por vuestro generoso comportamiento. ¿Y ese pobre de Anjou, desea vernos?

— Ardientemente, señor.

— Sí, sí, le veremos. ¿Sois de este parecer, señora? dijo Enrique volviendo la cabeza hacia Catalina, cuyo corazón sufría todo lo que su rostro se obstinaba en ocultar.

— Señor, respondió, hubiera salido sola á recibir á mi hijo, pero ya que V. M. se digna reunirse á mí en este buen deseo, el viaje será para mí una partida de placer.

— Vendréis con nosotros, dijo el rey á los cortesanos, partiremos mañana y dormiremos en Meaux.

— Señor, si me lo permitís, iré á anunciar á monseñor tan buena nueva.

— ¡Nada de eso! ¡Cómo se entiende, señor almirante, dejarme así, tan pronto! Comprendo que un Joyeuse sea amado por mi hermano y deseado, pero tenemos dos... ¡á Dios gracias!... Du Bouchage, si gustáis, podéis partir para el castillo de Thierry.

— Señor, preguntó Enrique, ¿me será permitido luego que anuncie el viaje de V. M. al duque de Anjou volverme á París?

— Haced lo que os plazca, Du Bouchage, dijo el rey.

Enrique saludó y se dirigió hacia la puerta. Por fortuna Joyeuse le acechaba y dijo:

— ¿Me permitís, señor, que hable una palabra á mi hermano?

— Hablad lo que queráis. ¿Pero qué hay? preguntó el rey en voz baja.

— Nada, señor, sino que se da demasiada prisa por despachar la comisión, y el objeto de toda esa precipitación es volverse pronto, lo cual contraría mis proyectos y los del cardenal.

— Anda, anda y échale una buena reprimenda á ese loco de enamorado.

Ana echó á correr tras su hermano y lo alcanzó en las antecámaras.

— ¿Qué es eso? dijo Joyeuse. Parece que llevas mucha prisa, Enrique.

— Sí, hermano mío.

— ¿Sin duda para volverte pronto?

— Así es la verdad.

— ¿Conque no piensas permanecer algún tiempo en el castillo de Thierry?

— Lo menos posible.

— ¿Por qué?

— Donde hay diversión, nada tengo que hacer yo, hermano mío.

— Todo lo contrario, Enrique; por lo mismo que el duque de Anjou trata de dar fiestas en la corte, debes quedarte en el castillo de Thierry.

— Me es imposible, hermano.

— ¿Sin duda por ese deseo de retiro; por esos proyectos de austeridad que aun no has abandonado?

— Sí.

— ¿Y para eso has ido á pedir al rey una dispensa?

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Yo que lo sé.

— Es verdad, le he pedido esa dispensa.

— Pues debo decirte que no la obtendrás.

— ¿Por qué no, hermano mío?

— Porque el rey no tiene interés en privarse de un servidor como tú.

— En ese caso, mi hermano el cardenal hará lo que S. M. no quiere hacer.

— ¡Y todo eso por una mujer!

— Ana, te suplico que no insistas más.

— Bien, tranquilízate, no volveré á hablarte sobre este particular, pero en cambio prométeme esperar en el castillo de Thierry, en mi habitación; hace mucho tiempo que no vivimos juntos, y necesito pasar algún tiempo en tu compañía.

— Hermano mío, tú vas al castillo de Thierry para divertirte, y yo, si permanezco allí, no haré más que acibarar todos tus placeres.

— No por cierto; soy de un temperamento muy bueno y á propósito para batir en brecha todas tus melancolías.

— Hermano mío...

— Permetidme, conde, dijo el almirante con imperiosa obstinación, permitidme que os recuerde que aquí represento á nuestro padre, y por lo tanto os intimo que me esperéis en el castillo de Thierry; allí encontraréis mi habitación, que será la vuestra. Está en el piso bajo, sobre el parque.

— Si lo mandáis, hermano, dijo Enrique con resignación...

— Dadle el nombre que queráis, conde, deseo ú orden, pero esperadme.

— Obedeceré, hermano mío.

— Y estoy persuadido de que note enojarás por esto, añadió Joyeuse estrechando al joven en sus brazos.

Éste se desprendió quizá algo ásperamente del abrazo fraternal, pidió sus caballos, y partió inmediatamente para el castillo de Thierry, corriendo con

la cólera de un hombre contrariado, es decir, devorando el espacio.

Aquella misma tarde subía antes de anoecer la colina sobre la cual está situado el castillo de Thierry, con el Marne á sus pies.

Con sólo pronunciar su nombre se abrieron delante de él las puertas del castillo que habitaba el príncipe; pero á fin de obtener una audiencia, le fué preciso esperar más de una hora.

El príncipe, decían unos, está en sus habitaciones; S. A. decían otros, está durmiendo; por último, el ayuda de cámara pretextaba que el príncipe estaba dando lección de música. Ninguno de los criados podía dar una respuesta positiva.

Enrique insistió para no tener que pensar ya en el servicio del rey, y entregarse desde entonces enteramente á su tristeza.

En vista, pues, de su obstinación y como todos sabían que él y su hermano disfrutaban de la intimidad del duque, le hicieron pasar á uno de los salones del primer piso, donde el príncipe iba á dignarse al fin recibirle.

Media hora transcurrió, y la noche tendía insensiblemente su negro manto.

El paso pesado y torpe del duque de Anjou resonó en la galería, y Enrique, que le reconoció, se preparó al ceremonial de costumbre; pero el príncipe, que al parecer tenía mucha prisa, dispensó á su embajador de aquellas formalidades, tomándole la mano y abrazándolo.

— Buenas tardes, conde, dijo. ¿Por qué os incomodáis en venir á ver á un pobre vencido?

— El rey me envía, monseñor, para participaros que tiene muchos deseos de ver á V. A., y á fin de dejarle descansar de sus fatigas ha resuelto venir al castillo de Thierry mañana lo más tarde.

— ¿El rey vá á venir mañana? exclamó Francisco con un movimiento de impaciencia.

Pero casi al mismo tiempo añadió:

— Mañana, mañana; y nada hay dispuesto en el castillo ni en la ciudad para recibir á S. M.

Enrique se inclinó como hombre que transmite una orden, pero que no tiene encargo de comentarla.

— La prisa que tienen SS. MM. de venir á ver á V. A. no les ha permitido pensar en los inconvenientes.

— ¡Bien, bien! exclamó el príncipe con volubilidad, aprovecharemos el tiempo; os dejo, pues, Enrique; gracias por vuestra celeridad, pues según veo habéis corrido mucho; descansad.

— ¿V. A. no tiene alguna otra orden que comunicarme? preguntó Enrique respetuosamente.

— Ninguna. Acostaos. Os servirán en vuestro cuarto, conde. Yo no tengo mesa esta noche, estoy algo enfermo, inquieto, he perdido el apetito y el sueño, lo cual hace mi vida demasiado sombría y triste para que nadie participe de ella. Á propósito, ¿sabéis la noticia que corre?

— No, monseñor, ¿qué noticia?

— Aurilly ha sido comido por los lobos...

— ¡Aurilly! exclamó Enrique con sorpresa.

— ¡Sí!... Devorado... Es cosa particular; todos los que me rodean tienen mala muerte. Buenas noches, conde, dormid bien.

Y el príncipe se alejó con rapidez.

UNIVERSIDAD DE NÚMERO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1225 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXVIII

Duda.

Enrique bajó, y al atravesar las antecámaras encontró á varios oficiales conocidos que se dirigieron á él, ofreciéndose amistosamente á conducirle al aposento de su hermano, situado en uno de los ángulos del castillo.

La biblioteca era la habitación que el duque había designado á Joyeuse durante su permanencia en el castillo de Thierry.

Dos salones amueblados como se estilaba en tiempo de Francisco I, se comunicaban entre sí, yendo á parar á la biblioteca, cuya última pieza daba á los jardines.

Joyeuse había mandado colocar su lecho en la